



ISBN: 978-607-99647-5-7

ISBN de la colección: 978-607-99647-0-2

Sociedad Mexicana de Historia de la Educación

www.somehide.org

Elvia Montes de Oca Navas (2022).

El Descubrimiento de América y la Conquista de Tenochtitlan, hechos narrados en los libros de historia y de lectura de la escuela socialista, 1934-1940.

En J. A. Trujillo Holguín, F. A. Pérez Piñón y S. Camacho Sandoval (coords.), *La educación socialista en México: revisiones desde los estados y regiones* (pp. 79-108) [colección Historia de la educación en México, vol. 2]. México: Sociedad Mexicana de Historia de la Educación.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA
Y LA CONQUISTA DE TENOCHTITLAN,
HECHOS NARRADOS EN LOS LIBROS
DE HISTORIA Y DE LECTURA DE LA
ESCUELA SOCIALISTA, 1934-1940

Elvia Montes de Oca Navas

Cualquier historiador sabe que no hay autor
sin emociones ni intenciones;
sabemos también que explorando en ellas
podemos encontrar verdades parciales y razones

PEDRO SALMERÓN SANGINÉS

En la historia de México, 1521 es un año importante pues se recuerda la derrota del pueblo mexica en manos de los españoles, comandados por Hernán Cortés, después de la llegada de Cristóbal Colón a América en 1492.

En este capítulo se escogió como tema de análisis lo sucedido en 1521, que Pedro Salmerón llama *La batalla por Tenochtitlan* (2021), y que en este año se conmemora como los 500 años de resistencia indígena, con el propósito de repensar la interpretación histórica de este hecho, incompleto si no se aborda la llegada de Cristóbal Colón a estas tierras americanas, suceso calificado y nombrado de diversas maneras.

La historia como ciencia es esa rama del saber que no acaba de convencer a sus detractores, defensores del “hecho”, “la prueba”,

“la experimentación”, inseparable compañera de la memoria. La memoria, función cerebral muy importante de la especie humana, es considerada, en el caso de la historia, como las representaciones colectivas del pasado forjadas en el presente, que “estructura las identidades sociales en una continuidad histórica y las dota de sentido, es decir, de un contenido y una dirección” (Traverso, 2007, p. 16).

La historia está constituida también por mitos, utopías y esperanzas de un futuro mejor; en ella la memoria tiene un papel fundamental como custodia y guardadora del pasado en el presente. Se trata de una memoria selectiva, es decir, no todo se guarda para ser parte de la historia que encierra múltiples interpretaciones y usos, con fines político-sociales distintos que ocupan un papel central en el desarrollo de los pueblos, manejos acompañados también de abusos en pos de propósitos no necesariamente colectivos, y que afectan las maneras de construirla y escribirla. Mensajes, recuerdos, imágenes del pasado guardado en la memoria de los pueblos, hecho presente en testimonios diversos como son, por ejemplo, los libros escolares.

En un texto escolar convergen múltiples sujetos: el Estado, el sistema educativo y sus instituciones, los autores, las editoriales, los distribuidores, los receptores: maestros y alumnos. Aquí se abordan principalmente libros de historia que contienen los conocimientos que los alumnos debían aprender, pero también los modos en que debían ser explicados y entendidos, para socializar a los lectores dentro de un proceso aceptado como válido para los fines educativos de la época.

Las tareas que desempeñan los textos escolares los convierten en importantes objetos de estudio para la historia de la educación, en este caso los libros de historia que pueden transformar la visión del mundo en el que se vive, las maneras de sentir y de pensar del lector, de ahí el peso que tienen en la formación de los escolares, a quienes provoca emitir juicios y valoraciones sobre la propia realidad, construyendo sentidos y significados distintos (Chartier, 2000).

En este ensayo se realiza un análisis ideológico y cultural de los contenidos de los textos escolares seleccionados, no de sus fundamentos teóricos, epistemológicos, pedagógicos o didácticos; una visión en el tiempo que permite comparar los cambios y evoluciones en el ámbito de la cultura escolar y que se dieron en este concreto momento de la escuela mexicana llamada “socialista”, en la cual había un propósito político e ideológico: conocer la historia para tener un concepto “racional y exacto” de la vida social, construido sobre las bases del materialismo histórico, sin mencionar en los textos a los teóricos de esta corriente. Conocer la realidad histórica como un proceso enlazado en la dialéctica causa-efecto, para poder cambiarla a través de la transformación de las condiciones concretas de vida.

LOS LIBROS ESCOLARES

Los libros escolares convertidos hoy en objeto de estudio importante para el conocimiento de la historia de la educación, en este caso de la historia de la educación en México, son un tema no sencillo que se inicia desde la manera de nombrarlos: libros, textos, manuales, materiales impresos, pero que en sus contenidos y fines hay concordancia, al ser considerados como los vehículos de los programas escolares, puestos en un producto integrado por hojas impresas que forman un volumen, y que son producidos para su difusión y consumo en las escuelas.

Veamos lo que diversos teóricos han aportado sobre este tema. Alain Choppin asegura que la lectura y el aprendizaje de estos medios escolares, especialmente los de historia, cumplen una función ideológica y cultural: aculturar y adoctrinar a las nuevas generaciones. Esta función “puede ejercerse de manera explícita, esquemática o desmedida, o aun de manera indirecta, subrepticia, implícita, pero nunca menos eficaz” (Choppin, 2003, p. 363).

Los libros escolares no tienen un sentido fijo y universal, están cargados de significaciones diferentes y cambiantes “que se construyen en el marco de una propuesta y una recepción” (Chartier,

1996, p. 21). Cada lector tiene sus propios antecedentes personales y culturales, de ahí los diversos sentidos que se le pueden dar a un mismo texto, a pesar de los objetivos planteados por el autor del mismo. “[T]oda apropiación, está encerrada en las condiciones de posibilidad históricamente variables y socialmente desiguales” (Chartier, 1999, p. 14). Las apropiaciones del texto rebasan límites, pero dentro de una libertad limitada por los contenidos, el autor y los requisitos que a él mismo le impusieron para que circulara como material educativo; todo esto en un proceso permanente de producción y reproducción de sentidos.

Los textos escolares son reconocidos por Robert Darnton (2004) como productos de procesos históricos dados, que a su vez tienen sus propios procesos en tiempos y espacios finitos; considerados los libros de historia como herederos y conservadores de un pasado que producen, reproducen y enriquecen con cambios y nuevas aportaciones. Su lectura provoca visiones teóricas semejantes, no iguales, y producen “actitudes colectivas”, “consenso espiritual”, como lo afirma el propio Darnton.

Como se puede comprender, con base en los aportes de estos teóricos, los libros escolares cumplen varias funciones fundamentales para el sistema educativo:

[...] simbólica –representa el saber oficial–, pedagógica –transmite los saberes básicos–, social –contribuye a la inculturación de las jóvenes generaciones–, ideológica –vehicula y jerarquiza valores de modo manifiesto o latente–, y política –sus contenidos son regulados por los poderes públicos de acuerdo con determinados fines extraescolares– [De Puellas, 2000, p. 6].

Los manuales escolares tienen diversos ángulos de análisis desde donde pueden ser abordados: autores, disciplinas, temas, editoriales, circulación, usos en las escuelas, apropiación de sus contenidos. Como textos oficiales editados unos y autorizados otros por el Estado, como sucedió durante el cardenismo, los libros escolares comprenden los contenidos de los planes y programas de estudio, las metodologías y recursos didácticos en uso, los principios y teo-

rías pedagógicas manejadas, pero, en este caso, también abarcan los propósitos de la historia oficial. La historiadora María Guadalupe Mendoza (2010) afirma que en este proceso los historiadores son quienes juegan un papel muy importante en la homogeneización de las estrategias de escritura de la historia, en este caso fueron los profesores-historiadores-autores.

De los textos aquí revisados y relacionados con la historia, algunos son de lectura y registran, a la manera de los libros tradicionales, hechos conmemorativos que exaltan valores laicos imperantes en México desde el siglo XIX, a partir del movimiento de Reforma; ya no se ensalza a Dios, sino a la patria, no se venera a los santos sino a los héroes, a quienes hay que imitar por su amor a México y fomentar en las nuevas generaciones valores éticos seculares, puestos al servicio de la libertad, la igualdad y la justicia; tampoco se conmemoran fechas religiosas sino cívicas. Sin embargo, en estos materiales escolares, si bien se ensalzan nombres, hechos y fechas que remarcaban la historia —especialmente los actos heroicos sucedidos en momentos de quiebre y de cambio, como lo fueron la llegada de los europeos a América al mando de Cristóbal Colón y la caída de Tenochtitlan—, a la historia se le dieron nuevos enfoques en su producción y su enseñanza durante la reforma educativa de 1934.

LA REFORMA EDUCATIVA DE 1934

La reforma educativa de 1934 se implantó en todas las escuelas, públicas y privadas, desde la primaria hasta la secundaria, además de escuelas Normales y técnicas. De acuerdo con los principios de esta reforma estipulados en el artículo 3° constitucional, en todo el país se impartiría la educación socialista, con base en la razón y las ciencias: "...para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social" (Poder Ejecutivo Federal, 1934, p. 849).

Para el conocimiento racional y exacto de la vida social era necesario el aprendizaje de la historia, especialmente de la historia

nacional, pero con nuevos enfoques teóricos y metodológicos, con base en el conocimiento del origen y la lucha de clases, marcada por los conflictos y los intereses económicos contrarios, así como la evolución de las relaciones sociales de producción y apropiación de las riquezas; esto conforme con los principios fundamentales del materialismo histórico. La historia entendida como la ciencia encargada de explicar el desarrollo de las sociedades y la búsqueda de causas-efectos en constante cambio, que explicara su pasado, presente y probable futuro, ya no solo basado en las historias de héroes y la conmemoración de hechos heroicos, sino con base en la participación de los pueblos, sin dejar de lado a los seres humanos que vivieron y encabezaron estos momentos, pero que fueron resultado de los contextos sociales-económicos que les tocó vivir, no de su voluntad individual o de la divina.

Las políticas educativas establecidas durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) recomendaban que la enseñanza, no solo de la historia, debía partir de lo concreto a lo abstracto, ser graduada con relación al desarrollo de los alumnos, a quienes había que acercar a la realidad más próxima para continuar con la más lejana. En el caso de la historia, se debía procurar en los escolares el surgimiento y fortalecimiento de una conciencia social comprometida consigo mismos y con los demás, para adquirir un concepto racional y científico de la vida social. El compilador Luis Hidalgo Monroy escribió en el prólogo de su libro: “Las autoridades educativas piden que a los niños de sexto año [no solo los de ese año] se les dé una idea científica del universo y de la formación del mundo; así lo hacemos nosotros en este libro sin atacar credo alguno, cosa por demás inútil” (Hidalgo, 1938, p. 8). Los campos de las ciencias y de las religiones debían estar definitivamente separados, la escuela y la educación socialista pertenecían al campo de las ciencias.

Esta reforma requería de una nueva visión no solo del mundo social y natural, sino de la misma educación, por lo tanto se necesitaba de un nuevo tipo de profesores, acorde con la política e

ideología de la reforma, formados en nuevas escuelas Normales; nuevos programas y contenidos, métodos y técnicas diferentes a los utilizados antes de la reforma y, de manera especial, nuevos libros escolares adecuados con los principios, medios y fines de la escuela socialista.

¿DÓNDE SE ENCONTRARON LOS TÍTULOS DE ESTOS LIBROS?

Durante varios años se ha investigado, por parte de la autora, sobre la reforma educativa de 1934. Producto de ese trabajo son, por ejemplo, los libros *La educación socialista en el Estado de México. Una historia olvidada* (1998) y *La educación socialista en México, 1934-1940. Discursos y textos escolares* (2014). En la búsqueda de fuentes, los archivos fueron el principal semillero de estas obras, en ellos se encontraron los inventarios que hacían las autoridades de las escuelas al finalizar el año escolar y entre lo registrado estaba el listado de libros escolares que manejaban los profesores, necesarios para la enseñanza de las diversas materias escolares, en este caso la historia.

En los documentos localizados en los archivos de algunas escuelas primarias, especialmente en las urbanas, se encontraron los títulos de varios de los libros que aquí se analizan, además de otros que se venían utilizando antes. En estos inventarios escolares había algunos títulos de libros escritos por Justo Sierra, en los que por supuesto se abordan los dos momentos históricos propuestos para este estudio: la llegada de Colón a tierras americanas y la caída de Tenochtitlan en 1521.

A fines del siglo XIX y varias décadas del XX, Justo Sierra, importante intelectual mexicano, fue autor de diversos libros escolares en los que utilizó la narración de anécdotas, biografías e imágenes para comunicar a los alumnos con los personajes principales de la historia nacional, logrando un gran éxito con sus obras escolares.

Con respecto a la acción de los reyes españoles Isabel y Fernando, Sierra dice que estaban convencidos de su misión evangelizadora y de la salvación de nuevas almas para “la verdadera y única

religión”. El propósito de los reyes, según Sierra, fue “conquistar mundos nuevos a la religión de Cristo, estaban persuadidos de que Dios haría por ellos milagros” (Sierra, 1991, p. 425).

Con respecto a la caída de Tenochtitlan, Sierra exalta las acciones guerreras realizadas por Hernán Cortés, así en singular, donde “la obra de Cortés es la fundamental, lograda la atrevida empresa de aquel capitán de aventura, sin mandato ni autoridad legal, todo lo demás fue una consecuencia...” (Sierra, 1957, p. 47). Las credenciales de Cortés fueron su audacia y su fe, la ayuda de Dios y la espada que premiaron al vencedor, hombre de codicia ilimitada, pero heroica. Cortés, hombre inteligente que conoció, gracias a sus colaboradores indígenas, la situación del pueblo mexicana, sus recursos y enfrentamientos con otros pueblos, los temores de Moctezuma, su rey, las predicciones y los agüeros sucedidos, todo animó a Cortés a cometer una empresa sin igual en la historia, en la cual Quetzalcóatl fue el gran vencido de Cristo.

Los presagios, según escribió Pedro Salmerón Sanginés, estuvieron presentes en Europa en vísperas del nuevo milenio; el autor relaciona lo que se dijo en algunas fuentes, por ejemplo el *Códice Florentino* y la simbología occidental medieval; luego queda la duda: ¿fueron verdad estos presagios que dicen que intimidaron a Moctezuma y sus hombres principales?

Sin duda, tal como lo muestran los informantes de Sahagún y tantas otras fuentes, estos augurios constituyen una explicación fatalista de la caída de Tenochtitlan: la ciudad en medio del lago tenía que caer porque así lo dictaba la Divina Providencia, porque así lo había previsto Quetzalcóatl [Salmerón, 2021, p. 29].

Esta visión fatalista de la historia es la que contiene los libros de Justo Sierra. Hombres superiores como Cortés, arropados por el verdadero Dios, triunfaron sobre un pueblo atrasado y supersticioso, dirigido por un rey temeroso por los augurios que presagiaron su derrota.

En el libro de Sierra *Cuadros morales de historia patria*, Cortés es calificado como hombre valiente e inteligente quien “emprendió

la conquista con unos 600 o 700 españoles, 18 hombres a caballo y algunos cañoncitos” (Sierra, 1991, p. 425).

En los libros de *Historia patria*, publicados en 1904, hechos para diversos grados de la educación elemental, Sierra fuerza un tanto la historia al jugar con los tiempos pasado y presente, por ejemplo, cuando alude a Cuauhtémoc dice que este jefe mexica intentó “crear una nacionalidad, *digámoslo así*” (Sierra, 1922, p. 43).

En los textos escolares de historia escritos por Justo Sierra hay una mezcla de lo divino con lo humano, del peso de la realidad y la voluntad de los sujetos históricos, héroes petrificados en la historia, lo que no sucederá en los utilizados durante la educación socialista.

LIBROS DE LA ESCUELA SOCIALISTA Y LA NUEVA HISTORIA

Los libros incluidos en este estudio fueron los que se localizaron para ser estudiados, no todos los que se registraron en los inventarios escolares, y que se consideraron los más representativos para este estudio, así como sus autores, especialmente Luis Chávez Orozco y Alfonso Teja Zabre, a quienes Guadalupe Mendoza (2009) califica como autores “fuertes” por su calidad académica, difusión y permanencia de sus libros.

Para la elaboración de los nuevos libros escolares de la escuela socialista, se reconoció el valor que tenían los profesores de Historia en los diversos niveles educativos y fueron ellos los que se encargaron de elaborarlos. Ellos sabían “qué” y “cómo” enseñarla a los alumnos, aunque sus procedimientos no estuvieran de acuerdo con los “talentos preclaros” de la época, especialistas en el campo de la educación; era preferible un maestro de escuela para hacer los nuevos libros, que los que se decían teóricos profesionales de la enseñanza pero que no ejercían la docencia, por eso la mayoría de los autores de estos libros fueron maestros normalistas y profesores ante grupo; se trató de juntar experiencia docente y conocimiento histórico. Los mismos autores se encargaron de comunicar su formación y labor profesional en las diversas escuelas Normales del

país; por ejemplo, en el libro *Alma latina* su autor, Francisco César Morales, escribió que esa sexta edición había sido corregida por él mismo, quien era profesor de la Escuela Normal de México. Luis Hidalgo Monroy registró en su libro ser egresado de la Escuela Normal de Veracruz; Francisco Cuervo Martínez señaló haber sido director de la Escuela Nacional para Maestros del Distrito Federal y catedrático de la Escuela Nacional Preparatoria y del Colegio Militar; Rafael Aguirre Cinta estudió en la Escuela Normal de Jalapa; el licenciado Alfonso Teja Zabre obtuvo su título en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y, además de su carrera de abogado, ejerció la docencia en diversos campos educativos, especialmente en la enseñanza de la historia; Manuel Velázquez Andrade estudió en la Escuela Normal de Colima; Luis Chávez Orozco fue catedrático de Historia en la Escuela Nacional de Maestros y en la Universidad Nacional. Este último autor, en el tomo I de la *Historia de México*, se anunció como presidente del Colegio de Profesores de Historia de las escuelas secundarias federales, y su texto había sido aprobado por el Primer Congreso Mexicano de la Historia (1933) para ser utilizado en todas las escuelas secundarias de la República. Chávez Orozco reconoció las dificultades que existían para escribir verdaderos textos escolares de historia que dejaran de ser meros compendios de nombres, hechos y fechas como los que hasta entonces se habían hecho: cansados registros de datos para memorizar y repetir.

Los autores dijeron estar convencidos de esta nueva historia y de su enseñanza en las escuelas, así lo afirmó Teja Zabre (1935):

Tal vez sea la Historia de México una de las ramas de la historia universal que más necesita y merece renovación. Por tratarse de una nacionalidad agitada por convulsiones políticas y sociales, con un pasado histórico extenso, y cargado de sucesos vitales y con los datos de una gran cultura original que todavía se está desterrando y descifrando, la historia de nuestro país constituye un campo inmenso que reclama exploradores [p. VII].

La historia debía auxiliarse de otras ciencias como geografía, antropología, arqueología, sociología, etnografía, demografía y otras más; volver a las fuentes históricas originarias guardadas en los archivos y dejar de repetir las “verdades” halladas por unos y repetidas por otros sin tener la evidencia de su veracidad. El historiador debía convertirse en un auténtico explorador del pasado de México.

Más importantes que los cambios dinásticos y políticos fueron los grandes adelantos logrados en la producción económica y en la fabricación de nuevos instrumentos, máquinas y mercancías, todo necesario para la expansión de la producción industrial, minera, agrícola, así como para el crecimiento del comercio terrestre y marítimo, la búsqueda de nuevos caminos y rutas de mercado, esto explica la llegada de nuevos hombres a tierras americanas, lejos de explicaciones unicasales y fatalistas: “así tenía que ser y de esta manera”. “La apertura de los caminos oceánicos para las Indias y el descubrimiento de América cambiaron la forma y la técnica de la producción de la riqueza” (Teja, 1935, p. VIII). El desarrollo del pensamiento científico, los adelantos en la navegación y en las vías terrestres, acompañados de los descubrimientos tecnológicos correspondientes y la cartografía, la búsqueda de nuevas tierras y mercancías más allá de las fronteras hasta entonces conocidas, la ambición expansionista, la voluntad y la posibilidad de los reyes; todo se conjugó para que se dieran estos sucesos, desde una visión en la que Europa y la Santa Sede eran los centros de expansión económica y religiosa.

Luis Chávez Orozco explicó que la función de estos textos escolares era “adiestrar al estudiante para que él, guiado de su profesor, haga un esfuerzo para *reconstruir por sí mismo* la ciencia o el arte que está estudiando” (Chávez, 1934, t. I, p. 8; las cursivas son nuestras). En el caso de la historia, el alumno la aprendería construyéndola él mismo:

Para ello lo colocamos frente al material necesario que le ha de servir para realizar el propósito que se persigue: la bibliografía, los monumentos, los archivos, etc., etc. Familiarizar al estudiante con el manejo de esos materiales es el único modo de comprender el pasado [Chávez, 1934, t. I, pp. 8-9].

En el conocimiento histórico era indispensable el uso de fuentes directas, contra lo establecido por otros como verdad absoluta e inamovible, no al *magister dixit*. El alumno tenía que observar, investigar, comprender, comparar, interpretar el pasado por sí mismo, guiado por el docente, quien debía despertar su curiosidad y entusiasmo, así como la alegría y la satisfacción que provoca el hallazgo de las verdades buscadas.

Chávez Orozco recomendó a los maestros visitar con sus alumnos los museos, archivos, bibliotecas, monumentos arquitectónicos; hacer excursiones a sitios históricos y arqueológicos, leer fuentes originales, hacer mapas de localización, realizar representaciones teatrales, fomentar en ellos la lectura de la historia, provocar la discusión razonada en el grupo y muchas actividades más.

Los libros de Chávez Orozco ejemplifican muy bien estos propósitos. El tomo I se inicia con la historia del origen del hombre americano y continúa con la historia de los pueblos originarios más importantes del México antiguo. De cada uno aporta una importante y abundante información, acompañada de mapas y fotografías de fuentes originales, abarcando organización económica, política, social, militar, religiosa y mitológica; ciudades, producciones artísticas diversas, escritura, leyendas, avances científicos y decadencia de esas culturas. El volumen termina con la llegada de los mexicas al Valle de México, su desarrollo y dominio sobre diversos pueblos mesoamericanos, sus condiciones de desarrollo, especialmente militar, que hicieron posible este dominio. Las lecciones están acompañadas de referencias de fuentes utilizadas, cuestionarios, sugerencias de otras lecturas, copias de algunas páginas de las fuentes mencionadas, bibliografías.

Para los escritores de estos libros, no hay sistemas únicos en la organización social de los pueblos, ni en la política ni en la economía; en el caso de la Conquista de México, se mezcló una civilización más avanzada en el conocimiento de nuevas formas de producción y distribución de las riquezas, con la explotación de los pueblos originales en los que la esclavitud y el tráfico de seres humanos fueron generalizados. En política y en economía se conservaron formas de organización feudal con otras correspondientes a la sociedad moderna; el reparto de la tierra y el servicio de los indígenas se combinó con nuevas formas de relaciones sociales, con la participación de los miembros de la Iglesia católica, regulares y seculares; una férrea y cerrada organización social en la cual gobierno e Iglesia caminaron juntos para lograr sus cometidos de conquista y colonización. “Descubrimiento, conquista y colonización constituyen tres etapas o fases de un mismo movimiento” (Teja, 1935, p. 147). La historia comprendida como proceso que transcurre en un tiempo y lugar determinado, no como la acumulación de hechos y sucesos aislados. La historia del México antiguo se continuó con la llegada de Colón y sus hombres, siguió con lo realizado por Cortés en el siguiente siglo y la conquista de Tenochtitlan y llegó hasta el siglo XVIII con nuevos descubrimientos de otras tierras, conquistas, fundaciones y misiones que ayudaron al apogeo del dominio español, mismo que declinó en el siglo XIX, en el que apareció una nueva organización social, con base en nuevas relaciones económicas y sociales.

Cambios en las estructuras económicas de los pueblos originarios y nuevas formas de explotación, tanto de bienes como de hombres, el impulso que recibió la economía de España gracias a estas circunstancias; el establecimiento de nuevas formas de propiedad de los bienes de producción, especialmente de la tierra y el reparto de las riquezas producidas; estas transformaciones se dieron a partir de la conquista de Tenochtitlan y del resto de los pueblos mesoamericanos y aridoamericanos, acompañadas de una “ideología religiosa dogmática, exclusiva, intolerante en actitud de conquista de almas y dominación espiritual y temporal” (Teja, 1935, p. 150).

12 DE OCTUBRE DE 1492,
LLEGADA DE COLÓN A TIERRAS AMERICANAS

Sobre la llegada de Colón a tierras americanas, en estos libros se escribió menos que sobre la Conquista y la Colonia española, poco se tocó también el tema del México antiguo, el que existió antes de la llegada de los conquistadores, un ejemplo es el volumen I de Chávez Orozco.

En el caso de Colón, se explicó que la posición geográfica favorable de España y Portugal propició los viajes de descubrimiento de América, el apoyo económico de reyes y otros personajes para la realización de estos viajes, el ser aventurero de estos navegantes, apoyados por adelantos científicos que permitieron aventurarse al mar, todo se conjugó en este hecho histórico. “Lo que se llama el descubrimiento de América, es la reunión de dos grandes corrientes de razas y de pueblos que, después de una separación de siglos, se juntan, dando la vuelta a la tierra” (Teja, 1935, p. 104).

Rafael Aguirre Cinta describe más el hecho histórico, no así el proceso que lo provocó: “Eran las 11 de la noche del 11 del mismo mes [octubre], cuando a lo lejos se vio aparecer una luz: la nueva tierra estaba cerca...” (Aguirre, 1941, p. 66). Los hechos siguieron presentes al lado de los procesos, a pesar de los requerimientos pedagógicos de la educación socialista.

A diferencia de Aguirre Cinta, Teja Zabre explicó de otra manera este hecho histórico; calificó de moderna y expansionista a la España de fines del siglo XV, que pasó de una organización feudal interna a una acción agresiva expansionista imperialista exterior, bajo la protección de los Reyes Católicos; así llegó a América el derecho romano, hecho realidad en la organización política impuesta por la Corona en sus colonias, y una religión de origen judío a través de la evangelización y la imposición de la religión católica en dichas tierras. Teja Zabre estableció la necesidad de construir una historia de larga duración, no integrada solo por hechos y coyunturas cortas, sino una relación de los hechos y

procesos importantes en la historia de México, desde la aparición de los primeros grupos nómadas en América hasta la llegada de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la República, cuyo gobierno anunció cambios profundos en el desarrollo del país. Su libro inicia con el relato de los primeros habitantes en América, sigue con las culturas principales que habitaron el México antiguo. Sin embargo, su texto carece de referencias, como sí lo hicieron otros autores, especialmente Chávez Orozco, cuyos manuales contienen valiosa información sobre los pueblos antiguos: económica, política y cultural: religión, educación, artes y artesanías, y todo con base en la producción económica.

La llegada de Colón a América, según la nueva corriente histórica, fue motivada por condiciones científicas, militares y mercantiles, que motivaron a él y a sus hombres a aventurarse por nuevos mares hasta llegar a América. Causas económicas, expansionistas e imperialistas movieron a los Reyes Católicos para apoyar a Colón.

Colón es un hombre de su época: curiosa contradicción psicológica en la que entran en conflicto los ideales medievales y renacentistas. Por un lado pretende emprender una nueva cruzada religiosa; por otro aspira a obtener un beneficio pecuniario [Chávez, 1934, t. II, p. 32].

Chávez Orozco habla con admiración sobre la llegada de los descubridores de América, la define como “una epopeya cuya grandeza apenas si nos podemos explicar” (Chávez, 1934, t. II, p. 50). Unos reyes españoles que parecen ser piadosos frente a los indígenas, considerados sus vasallos, no sus esclavos, pero a quienes no les perdonan sus “costumbres salvajes” como fue calificado su canibalismo, ante el cual toda piedad fue desechada y lo único que quedó fue el uso de la violencia y la destrucción.

En el libro de Velázquez Andrade hay una lectura firmada por León Díaz Cárdenas, titulada “Orígenes históricos del proletariado mexicano”, en ella narra los principios del trabajo humano convertido en mercancía, la venta del trabajo a cambio de un jornal a partir del descubrimiento y conquista de América y de México;

alude a los propósitos científicos, militares y mercantiles de Colón y sus hombres, apoyado por los fines expansionistas y económicos de los Reyes Católicos.

LA CAÍDA DE TENOCHTTLAN, 1521, Y LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL DOMINIO ESPAÑOL

Este tema sí está en todos los libros consultados; veamos algo de lo que se escribió en ellos. En los textos se resaltan las primeras emociones que experimentaron los españoles al llegar a tierras mexicanas, especialmente cuando arribaron a Tenochtitlan:

Y fue entonces cuando, envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés (“polvo, sudor y hierro”) se azoraron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores, espacioso circo de montañas.

A sus pies, un espejismo de cristales se extendía, la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban la arista de la pirámide. Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba –ululando– la queja de la chirimía y, multiplicado en el coro, el latido del salvaje tambor [Cuervo, 1936, p. 9].

Las descripciones de la majestuosidad de Tenochtitlan son tema recurrente en estos libros, la intención fue tal vez despertar en los lectores el mismo asombro que provocó en Cortés y sus hombres, y deshacer en su imaginación la tan difundida historia de que eran pueblos salvajes y atrasados los que poblaban estas tierras antes de su llegada. La belleza del Valle de México se reforzaba con la lectura de uno de los poemas conocidos de entonces: “El idilio de los volcanes”, de José Santos Chocano, referido a una leyenda elaborada alrededor del Iztaccíhuatl y del Popocatepetl, y que reforzaba el animismo existente en el pensar colectivo de los pueblos antiguos.

Algo semejante registra Manuel Velázquez Andrade sobre la belleza del Valle de México: “Tan hermoso miraron el Valle de México los compañeros de Hernán Cortés, que ellos, pobres solda-

dos, ignorantes y rudos aventureros, se sintieron por un momento inmóviles y mudos de admiración” (Velázquez, 1936, p. 19).

También hubo admiración, sorpresa, curiosidad y temor del lado de los hombres nativos de estas tierras, al ver llegar a otros de características distintas, especialmente el color de la piel y sus vestimentas, armas y bestias que montaban; el azoro fue recíproco y la poesía así lo describe:

Vino del mar el grupo de hombres blancos y hermosos,
 más fuertes que tritones, más altos que colosos,
 que en la playa, aquel día, surgieron de repente
 como una visión rara...

Estremécese el grupo; ruge el León de España;
 ¡y un tropel de caballos penetra en la montaña! [Cuervo, 1936, p. 229].

El triunfo de los españoles sobre los pobladores de México se explicó por múltiples factores que iban desde las creencias sobrenaturales de los indígenas para explicar en un principio la llegada de los conquistadores, hasta las guerras intestinas entre los pueblos y tribus originales; la expansión económica de Europa, el armamento europeo, el uso de caballos, su organización militar, sus condiciones de desarrollo social, no superiores, sino diferentes a lo que sucedía en América; no hubo designios divinos ni proféticos.

La figura de Moctezuma fue mal vista en estos libros, lo acusaron de haber sido cobarde y tímido, excesivamente religioso, a diferencia de Cuauhtémoc, hombre bravo y valiente en la lucha, estoico en el martirio, igual que sus hombres. Ignacio Manuel Altamirano, reconocido en la política, la historia y las letras mexicanas, escribió:

Así fue como Cuauhtémoc, se resolvió a defender su ciudad desamparada por todos. Él se había encargado del poder cuando éste se hallaba casi aniquilado, primero por la estupidez de Moctezuma; después por la muerte del valiente Cuitláhuac, y luego por los manejos de esa fracción intestina que trabajaba por la sumisión; que era el partido de Moctezuma, de sus miedosos, de los que solo defienden las buenas causas cuando éstas son fuertes [Hidalgo, 1938, p. 124].

Aguirre Cinta también habla del “pusilánime Moctezuma”, quien salió a recibir a Cortés y sus hombres para darles como morada el palacio de su padre Axayácatl, y después él mismo fuera traicionado. Su puesto fue ocupado por el valiente Cuitláhuac, a quien la peste venció, para dar lugar al feroz Cuauhtémoc, que al verse vencido,

...poniendo la mano en el mango del puñal del conquistador, le dijo las siguientes palabras, con las cuales sucumbía un rey con su raza, con su patria y con sus dioses: “Malintzin: pues he hecho cuanto cumplía en defensa de mi ciudad y de mi pueblo, y vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego este puñal y mátame con él” [Aguirre, 1941, pp. 91-92].

Chávez Orozco también escribió sobre la pasividad y cobardía de Moctezuma; la bravura de Cuitláhuac que hizo huir a los invasores y llorar en el “árbol de la noche triste”, triste para ellos, feliz para los mexicas; Cuauhtémoc, que ante la oferta del mismo Cortés de pactar para no seguir masacrando a su ciudad, “el tlacatecuhtli mexica contestaba con arrogantísimo desdén” (Chávez, 1934, t. II, p. 120).

Es en la adversidad cuando se prueban los hombres verdaderos, así como Cuauhtémoc enfrentó a los enemigos, españoles e indios. “Ese es el momento en el que surgen los héroes, y Cuauhtémoc se alzó entonces, tan grandioso, tan único, que eclipsó a todos los héroes antiguos, y dominó con su figura aquel cuadro aterrador” (Hidalgo, 1937, p. 126). El héroe no pidió misericordia ni cuando tuvo sus pies sobre la hoguera, ni a los pies del árbol en el que fue ahorcado.

En varios de estos libros se reprodujo el conocido poema “Raza de bronce”, de Amado Nervo, donde se mencionan los cuatro fantasmas que se le presentaron al poeta: Nezahualcóyotl, Ilhuicamina, Cuauhtémoc y Juárez. Cuauhtémoc dijo:

El español martirizó mi planta,
sin lograr arrancar de mi garganta

ni un grito, y cuando el rey mi compañero
 temblaba entre las llamas del brasero:
 —¿Estoy yo por ventura en un deleíte?
 —le dije, y continué sañudo y fiero,
 mirando hervir mis pies en el aceite... [Morales, 1934, p. 285].

En estos libros, Cuauhtémoc fue la figura principal en la lucha y defensa del pueblo mexicana, el líder al que siguieron sus huestes, y a su caída abandonaron la batalla y se rindieron al conquistador:

Los conquistadores se extendieron rápidamente por todo el territorio, ganando, sin gran resistencia de los indígenas nuevos reinos y señoríos que, o se entregaban por manos de sus caciques, o tras ligeros combates que sostenían, convencidos de que era inútil batallar con quienes habían vencido al arrogante y esforzado Cuauhtémoc [Aguirre, 1941, pp. 92-93].

Abraham Castellanos, maestro de la época, escribe: “El 13 de agosto de 1521, las huestes de Hernán Cortés tomaron la Antigua Tenochtitlán. En el Templo Mayor los sacerdotes indios se defendían con bravura, y los que no perecían entre las llamas, caían al golpe de las ballestas” (Morales, 1934, p. 237). Un indio que logró salir con vida, exclamó: “¡Era la tristeza de la patria perdida! ¡Dios de mi raza —dice—, ayúdame y vela por tus hijos!” (Morales, 1934, p. 240).

La figura de Cortés, hombre producto de su tiempo, es presentada en estos libros como “hombre de negocios y de guerra”, así lo describe Teja Zabre: enérgico, valeroso, cruel, duro, protegido por la fortuna, con virtudes y defectos necesarios en los conquistadores y acorde con los tiempos. “La conquista de México necesitaba su hombre y su hora” (Teja, 1935, p. 117). Dada la evolución que se estaba dando en Europa a fines del siglo XV, especialmente en España y Portugal y la expansión de sus mercados, América tenía que aparecer al paso de los navegantes, con Colón o sin Colón, con Cortés o sin Cortés; no fue el destino de unos pueblos y unos hombres, sino el desarrollo propio de las nuevas relaciones sociales-económicas. Los hombres son casualidades, lo que importa era entender los procesos pluricausales del desarrollo de los pueblos.

Sin embargo, los hombres fueron importantes en esta historia, valientes y cobardes, leales y traidores, generosos y egoístas, todos de acuerdo a sus circunstancias colaboraron en ella. En estos libros de historia, como en los anteriores y posteriores, están presentes los héroes y sus hazañas como ejemplos a seguir por los alumnos lectores, sin confundirlos con los procesos históricos en los que participaron.

La caída de Tenochtitlan es abordada como un suceso fundamental en la caída de México en manos de los conquistadores españoles, y fue descrita de manera muy cruenta en estos libros. Veamos un ejemplo al revisar lo que escribió José Peón del Valle:

Al evocarte, súbito, siniestro se levanta
todo un pasado horrible; un batallador que espanta;
un lago en que cadáveres oscilan por doquier;
la sangre oscura y fétida empapa el suelo indiano
no hay nidos en las ramas, ni flores en el llano,
¡ni vencedora el águila sobre el nopal se ve! [Hidalgo, 1938, p. 218].

De Agustín Basave Fernández del Valle se incluyó su visión de la conquista:

Los blancos han plantado sus ciudades encima de las ruinas de las
suyas [las de los indios] y sobre el teocalli imperial en el que la sangre
de tantas y tantas víctimas no logró saciar la sed del feroz Huitzilo-
pochtli, levanta al cielo sus torres importantes una catedral [Hidalgo,
1938, p. 265].

El curso de la historia de los pueblos en un constante proceso de destrucción del pasado y creación del presente, erigido sobre los restos de ese mismo pasado. En el libro de Manuel Velázquez Andrade y en textos escritos por Estefanía Chávez, se dio voz a los animales para comparar y comprender los cambios realizados entre el México antiguo y el México dominado por los conquistadores, con base en la producción y apropiación de los productos y la tierra; se trata del diálogo entre una vaca y un viejo ahuehuate acerca de la vida de “los indios puros”, antes y después de la llegada de los españoles. Así narró su historia el ahuehuate a la vaca:

Trabajaban la tierra, esta misma que ves aquí y los productos que de ella sacaban, eran suyos y servían para las propias necesidades; pero la tierra era de todos, era del pueblo y estaba dividida en fracciones que se destinaban a una tribu o a varias familias ligadas por parentesco [Velázquez, 1936, p. 48].

La llegada de los conquistadores asombró a ambos grupos humanos, desconocidos entre sí y con apariencias externas distintas, imposible de entenderse por el obstáculo de las lenguas diferentes que hablaban, hasta el viejo ahuehuate los desconoció cuando llegaron por tierras tlaxcaltecas, cerca del cerro La Malinche:

—Sucedió que un día pasó por aquí un gran ejército de hombres extraños y desconocidos; extraños eran sus vestidos llenos de adornos, sus armas y hasta extraño y desconocido el color de sus caras, de sus ojos y de sus cabellos; que eran, blancas las caras, azules los ojos y dorados estos últimos; desde que llegaron estos hombres que después supe que eran españoles, ellos fueron los amos y los indios que eran los dueños de estas tierras se volvieron esclavos de ellos; siguieron los indios trabajando la tierra; pero lo que ella daba era para el dueño, que poco a poco se fue haciendo rico hasta que llegó a ser el señor temido y poderoso de la región [...]

—Ya no hubo en todo lo que mi vista domina más que dos amos: el señor de la hacienda y el cura de la iglesia, que también recibía buena parte del producto de las tierras para venderla al obispo de Puebla [Velázquez, 1936, p. 49].

Francisco Cuervo Martínez, quien firmó sus trabajos incluidos en este libro como *F. C. M.*, siguiendo los lineamientos de la reforma educativa, insistió en la interpretación económica de la historia, con base en la lucha de clases y la explotación del trabajo humano para la producción de las riquezas, acompañado del abuso de unos sobre otros. Así explica en su libro la alianza que hubo entre Cortés y algunos pueblos originarios, con el propósito de liberarse del dominio mexica, el pago de tributos y la explotación que sufrían bajo su poder. “Esta *inhumana explotación* originó un odio feroz de todos los pueblos dominados, hacia sus opresores, y por eso cuando Hernán Cortés llegó a nuestras playas, encontró en los

indios sus mejores aliados para realizar la conquista del Anáhuac” (Cuervo, 1936, p. 324).

El pueblo totonaca, según Aguirre Cinta, fue aliado de Cortés y lo hizo con el propósito de emanciparse de los aztecas, el mismo señor de Cempoala se alió con él; este no fue el único pueblo que ayudó a los conquistadores y juntos realizaron la caída de Tenochtitlan. Causas concretas de explotación de un pueblo sobre otros explican la alianza que hicieron algunos grupos originarios con los conquistadores, ejemplo los tlaxcaltecas, los totonacas y los texcocanos, más allá de simples explicaciones de traición y deslealtad al pueblo mexica. Estos pueblos quisieron terminar con un sistema de explotación y sojuzgamiento, solo para caer después en otro diferente y más injusto.

Antonio Díaz Soto y Gama escribió un trabajo titulado “Peor que esclavos”, donde describe la explotación que los conquistadores hicieron de los indios en México:

La Conquista, obra de la fuerza, produjo como funesto resultado la implantación de un régimen coercitivo de trabajo, que sometió a los indios de Nueva España, a una servidumbre cien veces peor que la feudal.

El sistema de los repartimientos y de las encomiendas, que así se llamó aquel régimen, fue doblemente inicuo: pues, por un lado exigía del indio esfuerzos agotadores, superiores a la humana posibilidad y por el otro, les negaba toda retribución, o les ofrecía una tan exigua, que no merecía tal nombre, era algo peor que la esclavitud, puesto que en ella el amo tiene por lo menos que cuidar de que su esclavo esté bien alimentado [Velázquez, 1936, p. 107].

Las recomendaciones dadas por la SEP de utilizar fuentes de primera mano para la enseñanza de la historia se hicieron, por ejemplo, en el libro de Velázquez Andrade, en cuyas páginas aparece una carta que los indios de Nueva España enviaron al rey español Felipe II en 1570, incluida en el *Códice Mendiceta*, dando cuenta de lo que sucedía en estas tierras bajo el dominio de virreyes y conquistadores;

de esta manera, los alumnos-lectores podían comparar lo narrado por los historiadores y lo que contaron los propios indígenas en el momento mismo de los hechos:

Y agora, movidos de las muchas vejaciones y trabajos que padecemos de los españoles –dicen al Rey los caciques indígenas y principales de las Provincias y pueblos de la Nueva España– nos atrevemos a escribir a Vuestra Majestad declarando nuestras necesidades y miserias, porque LOS ANIMALES VEMOS QUE SON TRATADOS MEJOR QUE NOSOTROS y son tratados con templanza y aun regalados, y nosotros estamos vejados peor que los caballos y los bueyes, y aun los esclavos son y parecen libres y sin trabajo y con todo regalo, y nosotros con nuestros macehuales más parecemos esclavos que libres vasallos de V. M. [Velázquez, 1936, p. 108].

Se describe cómo los nativos fueron arrebatados de sus pueblos y llevados a las grandes ciudades en calidad de trabajadores asalariados, pagándoles míseros jornales para construir los palacios de las autoridades y los ricos españoles, así como iglesias para la práctica de la nueva religión. Los indios que regresaban a sus casas, después de estar largas temporadas en las ciudades, no encontraban ni mujer, ni hijos, ni gallinas, ni maíz.

En otra carta dirigida al rey se narran las condiciones de trabajo de los indios en las ciudades donde trabajan toda la noche, “con el aguacero y heladas y calor y sol; y hay personas españolas de mala condición, que les hacen trabajar con azotes y varas como animales, y hay otras peores que no les pagan cosa ninguna...” (Velázquez, 1936, p. 109).

La aparición de las clases sociales con base en las relaciones económicas, según algunas de estas lecturas, se dio con la Conquista española, de aquí vendrá después su enfrentamiento en una permanente lucha; así lo explica León Díaz Cárdenas:

Tan pronto como pasaron los primeros días del peligro en la aventura de la conquista, donde tuvieron que ponerse en juego toda la sagacidad, la astucia, y la hipocresía del conquistador, éste pensó en reducir a los indios a la esclavitud y después por lo menos a la servidumbre.

Y entre las dos fuerzas que chocaron: por un lado el deseo de hacer producir lo más posible a los indios no importando los medios y por el otro la defensa de los Sacerdotes y sobre todo la desproporción numérica de indios y españoles que favorecía a los primeros, se presentó la transacción histórica de la Encomienda [Velázquez, 1936, p. 91].

La abierta explotación de los indios se disfrazó con la encomienda, para ocultarla bajo las acciones de la evangelización y la enseñanza de la verdadera religión: según los conquistadores para asegurar la paz a través de la obediencia y la sumisión de los vencidos. En la visión que se tiene en estos libros de los conquistadores, guardan muchas semejanzas: aventureros valientes y atrevidos, movidos por motivos económicos en la búsqueda de nuevas fuentes de riqueza que explotar para su propio beneficio y de la Corona, hombres, tierras, minas, todo fue visto como mercancías para un mercado en expansión; difieren en la imagen que tuvieron de los religiosos que vinieron a evangelizar estas tierras, en algunas de las lecturas son colocados al lado del explotador-conquistador, beneficiándose también de este nuevo sistema de explotación, sin embargo, como en la lectura anterior, escrita la palabra “Sacerdotes” con mayúscula, se les colocó del lado de los indios, encabezando su defensa. Una figura importante en estos textos fue el fraile mestizo Martín Durán, nacido en Tlatelolco, defensor de los indios, acusado de impío por el Santo Oficio y condenado a morir en la hoguera en 1584. Sobresale también la figura de Bartolomé de las Casas como defensor de los indios.

En la conquista roja de sangre y entre el bélico
estruendo, se levanta la dulce imploración
que sostiene la fuerza de tu brazo evangélico
y el ala de paloma de tu santa oración [Morales, 1934, p. 275].

Es la estrofa de un poema escrito por Rafael López para recordar a fray Bartolomé de las Casas. Fray Pedro de Gante también es presentado en estos libros como benefactor de los indios; fundador

del Colegio San José de Belén de los Naturales, dedicado especialmente a la educación de los hijos de la nobleza indígena, colegio que sirvió de eslabón entre la cultura indígena y la española. “Las funciones que, en aquella época correspondían a la Iglesia como parte del Estado, especialmente en la educación y la beneficencia” (Teja, 1935, p. III).

Chávez Orozco acompañó sus lecciones de historia con abundantes imágenes y mapas, especialmente con relación a la explotación de las fuentes de riqueza de la Nueva España, con base en la utilización de los indígenas. Se estudian las nuevas formas de organización social que se dieron en la Nueva España, a la manera de lo que sucedía en Europa y su aliada la Iglesia en la organización social de los pueblos, así como en la explotación económica en la que se dieron también nuevas formas de organización, sin dejar de reconocer que los primeros evangelizadores “no eran solo muy buenos, sino también muy sabios y muy valerosos” (Chávez, 1934, t. II, p. 187). Después llegarían otros religiosos para fortalecer la enseñanza del catolicismo en estas tierras, pero vinieron “en pos de una vida regalada, sin propósitos de hacer el bien y conformes en convertirse en instrumentos y cómplices de la explotación del indígena” (Chávez, 1934, t. II, p. 188). La acumulación de la riqueza movió tanto a laicos como a religiosos. Se intentó evitar las generalizaciones y dar peso histórico a las diferencias.

También se habló del intercambio de mercancías en los mercados, comparando lo que se hacía en el México antiguo, las medidas de cambio utilizadas, especialmente cacao, plumas o telas de algodón, a diferencia del sistema monetario utilizado por los españoles y la acuñación de moneda desde los primeros años de la Colonia, la conversión de todo en mercancía, hasta la fuerza de trabajo.

Se lee acerca del desarrollo de las ciencias y los nuevos inventos de la técnica, todo al servicio de la explotación y comercialización de mercancías, la importante tarea desarrollada por los barcos y todos los adelantos que hicieron posible la navegación y la llegada a lugares antes desconocidos para el Viejo Mundo, las nuevas armas

y el uso de la pólvora, el fierro y otros metales que permitieron la construcción de nuevas máquinas para el cultivo, transformación y exportación de los productos; todo con base en el desarrollo de las ciencias, la técnica y el sistema social, basado en la explotación de la mano de obra y la acumulación de la riqueza.

En el libro *México nuevo* se describen, además de la caída de Tenochtitlan en 1521, las acciones realizadas por Nuño de Guzmán en la conquista de tierras más al norte y al occidente, ejemplo las de Sonora, Durango, Aguascalientes, Zacatecas, Jalisco y Nayarit, habitados por zacatecanos, cascanes, coras y nayaritas, diferentes de los nahuas, en cuyas tierras había minas de oro y plata. Hacia allá fueron las expediciones de Pedro Alméndes Chirino, Angulo y Oñate; todos fracasaron en su tarea, además de ser atacados por aguerridos indios de esas tierras.

En el tomo II de Chávez Orozco también se hace referencia no solo a Cortés y la conquista de Tenochtitlan, se menciona a otros conquistadores que siguieron esa misma tarea en otras tierras aún no conquistadas; se habla de Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y otros más, sus acciones de conquista en tierras ubicadas en el norte del país hasta la Alta California. No todo fue Tenochtitlan, ni todo sucedió en el siglo XVI.

A principios del siglo XVIII toda la enorme extensión que comprendía la Nueva España ya estaba descubierta y explorada. Desde la Alta California hasta Texas, desde las costas de Oregon hasta las de Guatemala, desde la península de la Florida hasta Yucatán, todo estaba bajo el señorío de la corona española, y en toda esa superficie la obra de la colonización había hecho surgir por todas partes centros de población y de riqueza [Chávez, 1934, t. II, p. 174].

En los libros se hace hincapié en lo que significó la organización económica, la propiedad de la tierra, privada y comunal, la minería, la agricultura, el comercio, las condiciones de trabajo de los productores, salarios, y la casi total desintegración del México antiguo y sus relaciones sociales. Se impusieron otras nuevas de carácter político, económico, espiritual y hasta biológico, provocan-

do confusión entre los indios que fue calificada como sumisión y obediencia para unos, inferioridad antropológica para otros.

El indígena del siglo XVI vio cómo el conquistador y el fraile anonadaban sus dioses, derribaban sus templos y perseguían a sus sacerdotes. Esta catástrofe lo aniquiló moralmente, arrebatándole toda fuerza para resistir. Entonces se plegó estoicamente a la fatalidad y aceptó la nueva deidad que se le ponía enfrente para adorarla. Al parecer, el indígena se cristianizaba al primer instante, por la facilidad con que acogía y practicaba los nuevos ritos, pero en realidad no hubo conversión. Se trata, a lo sumo, de una superposición de religiones, más bien dicho, de una mezcla confesa de ritos, practicados sin discernimiento [Chávez, 1934, t. II, p. 237].

La nueva escuela socialista exigía la laicidad de la educación establecida en la Constitución de 1917, por ello rechazaba toda injerencia religiosa, calificadas las religiones como falsas visiones del mundo, tanto las antiguas como la impuesta por los conquistadores.

CONCLUSIONES

En los libros escolares aquí analizados se encontraron variantes importantes respecto a la enseñanza de la historia y sus contenidos. Si bien sus autores dijeron haberlos elaborado con apego a las nuevas políticas educativas e ideología de la escuela socialista, no todos se ajustaron a lo establecido acerca de la historia y su análisis con base en el materialismo histórico y sus principios fundamentales: lucha de clases, clases sociales, relaciones sociales de producción, producción y reparto de las riquezas, mercancía, capital y otras más. Algunos libros, ejemplo el de Rafael Aguirre Cinta, son textos cargados de información histórica: fechas, hechos, personajes, a la manera de la historia que se quería borrar de los manuales escolares; una narración histórica hecha para memorizar, no para razonar y entender.

Frente a esta posición de la historia como la narración cronológicamente ordenada de hechos sucedidos en el pasado, cuyo enlace es la sucesión en el tiempo, Chávez Orozco propuso que, a partir

de los textos históricos, fueran los propios alumnos, guiados por el maestro y con base en la investigación directa, quienes reconstruyeran este proceso, buscando causas, consecuencias, relaciones entre el entorno social del momento y lo sucedido, sin dejar de lado a los hombres y las circunstancias que habían colaborado, pero que no fueron los únicos responsables de lo acontecido: los pueblos son los autores de la historia, dadas sus circunstancias materiales concretas, su pasado en el tiempo y lugar; esto era lo que los alumnos tenían que buscar para comprender la verdadera historia. Estos historiadores no dejaron de incluir en sus obras a los principales participantes, como Moctezuma y su acendrada religiosidad, pero había que comprender el porqué de estas maneras de pensar en pueblos como el mexicana, confiado en su poderío basado principalmente en el poder de sus dioses; esto se entendía al conocer la historia de este pueblo y lo que hizo para imponerse a los demás, ganando poder y gloria, pero también el odio de los pueblos enemigos dominados.

En estos libros no se desarrolló la visión fatalista de la historia que existía sobre estos acontecimientos, especialmente sobre la conquista de Tenochtitlan; se intentó dar una explicación socioeconómica de ella, lejos de voluntades humanas o divinas. La historia comprendida como consecuencia del desarrollo de los pueblos inmersos ya en el crecimiento de un sistema moderno de producción, saliendo de las relaciones anteriores del feudalismo, en una nueva organización social, mezcla de lo nuevo y de lo viejo, de lo interno y de lo externo, de los conquistadores y los conquistados.

REFERENCIAS

- Aguirre Cinta, R. (1941). *Lecciones de historia general de México. Desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. Arregladas para uso en las escuelas primarias de la República por un antiguo alumno de la Escuela Normal del Estado de Veracruz-Llave. Texto para las escuelas oficiales del Distrito y territorios federales y los estados de Jalisco, México, Tabasco, etc.* (19a. ed.). México: Patria.
- Cuervo Martínez, F. (1936). *Libro nacional de lectura (ideología revolucionaria). VI año.* México: Patria.

- Chartier, R. (1996). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- Chartier, R. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, R. (2000). *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogos e intervenciones*. Barcelona: Gedisa.
- Chávez Orozco, L. (1934). *Historia de México (época precortesiana)*. Tomo I. *Curso de historia en las escuelas de segunda enseñanza según los programas oficiales vigentes*. México: Patria.
- Chávez Orozco, L. (1934). *Historia de México (época colonial)*. Tomo II. *Curso de historia en las escuelas de segunda enseñanza según los programas oficiales vigentes*. México: Patria.
- Choppin, A. (2003). *El libro de texto. Ponencia presentada en el Congreso Nacional de Investigación Educativa*. En *Conferencias magistrales* (pp. 357-379). México: Consejo Mexicano de Investigación Educativa.
- Darnton, R. (2004). Historia cultural e intelectual. En B. Berenson Gorn (comp.), *Historiografía crítica del siglo XX* (pp. 113-137). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- De Puelles Benítez, M. (2000). Los manuales escolares: un nuevo campo de conocimiento. En *Historia de la Educación* (vol. 19, pp. 5-11). Salamanca, España: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Hidalgo Monroy, L. (1938). *¡Levántate! Libro sexto de lectura para uso de los alumnos de las escuelas primarias*. México: Herrero Hermanos Sucesores.
- Mendoza Ramírez, M. G. (2009). *La cultura escrita y los libros de texto de historia oficial en México. 1934-1959*. México: El Colegio Mexiquense.
- Mendoza Ramírez, M. G. (2010). El discurso de la historia oficial en los libros de texto de secundaria, 1934-1959: una lectura contrastante. En L. E. Galván Lafarga y L. Martínez Moctezuma (coords.), *Las disciplinas escolares y sus libros* (pp. 141-161). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Juan Pablos Editor.
- Morales, F. C. (1934). *Alma latina. Libro tercero de lectura*. México: Patria.
- Poder Ejecutivo Federal (1934). Decreto que reforma el artículo 3º y la fracción XXV del 73 constitucionales. *Diario Oficial de la Federación*, (35), 849-851. Recuperado de: https://www.dof.gob.mx/nota_to_imagen_fs.php?cod_diario=194958&pagina=3&seccion=0.
- Salmerón Sanginés, P. (2021). *La batalla por Tenochtitlan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sierra, J. (1922). *Historia patria*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Sierra, J. (1957). *Evolución política del pueblo mexicano*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

2 • La educación socialista en México: revisiones desde los estados y regiones

- Sierra, J. (1991). *Obras completas IX. Ensayos y textos elementales de historia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Teja Zabre, A. (1935). *Historia de México. Una moderna interpretación*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Traverso, E. (2007). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons/Ediciones Jurídicas y Sociales.
- Velázquez Andrade, M. (1936). *México nuevo. Libro sexto*. México: Pluma y Lápiz de México.